

# TARDE DE FIESTA

POR EDUARDO MAULEON

Por lo visto el día o la noche anterior, debió llover bastante por estos parajes porque ese camino y otros más por los que he ido pasando, estaban hechos una verdadera calamidad. Aquello era como andar sobre una larga masa de engrudo...

Pero cuando lograba zafarme de tan molesto pisar y caminaba sobre la rasante y brillante hierba, entre la que se mezclaban multitud de vistosas florecillas, me sentía verdaderamente dichoso. Feliz por poder aspirar abiertamente y sin fatiga, la frescura perfumada de esta maravillosa mañana.

Allá al fondo veía una sierra sobre la que se había parado a descansar, una larguísima nube gris.

He pasado ante una charca de agua transparente en la que se reflejaba con igual colorido, un grupo de verdes juncos con puntas agudas y amarillentas. Había también unas ranas pequeñas que se zambulleron en seguida rompiendo, con leves chasquidos, el espejo de agua y ocultándose entre los hierbajos revueltos del fondo.

También he cruzado ante una estela funeraria puesta en el ribazo de un camino enlosado. Tiene esta estela unos signos muy curiosos y me hubiera encantado saber su significado e historia.

Después hay más, muchas más. Pero esas no están metidas en el suelo como la que he visto en el camino de losas. Se hallan amontonadas junto a la tapia de un pequeño cementerio abandonado y no muy distante de las ruinas de un magnífico castillo y unas casas solitarias.

A las cruces del cementerio —algunas caídas— el tiempo les ha borrado todo signo de identificación. Excepto una. Una sepultura muy bonita y bien cuidada cuya lápida, escrita en inglés, nos dice que allí reposan los restos de un aviador británico de 25 años de edad.

El avión de este inglés, que venía ya tocado por el fuego alemán, rebasó la frontera pirenaica y se estrelló por fin no muy lejos de allí. El resto de la tripulación se había lanzado en paracaídas. Después vinieron unos técnicos que se llevaron los restos del aparato. Todo esto me lo ha contado un pastor que según él, vio al avión caer en ese monte navarro.

Cuando llevaron los restos del aviador a este cementerio, la familia —católica— se preocupó de que siempre esta sepultura esté bien cuidada.

Para llegar a la carretera, estrecha y embreada, hay que cruzar un pequeño y feísimo puente de cemento que sólo a un lado tiene un pretil de hierro oxida-

do. El río que pasa por debajo de este antiestético puente, apenas lleva agua. Río arriba a ambos lados de las orillas, hay algunas huertas.

El pueblo está cercano. Lo había visto ya desde el alto del monte; cuando estaban tocando a Vísperas.

Hoy es día de fiesta en el pueblo. Por la carretera, encajonada y sombreada por corpulentos chopos, pasea una pareja de novios que, enlazados por el dedo meñique, van moviendo los brazos en incansable vaivén. Más atrás viene un grupo de chicas y detrás de éste otros grupos. Ocupan todo lo ancho de la carretera; igual que en todos los pueblos.

Yo no sé cómo se las arreglan, pero siempre llevan unos vestidos con colores tan chillones, que hieren la vista. Rojos intensos, azules, amarillos o verdes. Hay colores para todos los gustos. No sé si es que el paisaje influye en ellas y quieren sustraerse a su monotonía, o si por el contrario eligen esos vestidos tan llamativos precisamente para eso, para llamar...

Sé que si vuelvo la cabeza estarán mirándome. No por ser yo sino porque soy forastero. Sé también que si las miro empezarán a reirse como unas locas. Nunca sabré la causa por la cual se rien. Y ellas tampoco...

Me gusta entrar en las iglesias de los pueblos cuando éstas están desiertas. Sin embargo, ésta no lo está tanto. Hay unas cuantas crías y una muchacha —probablemente la maestra— que les está enseñando a recitar una poesía dedicada a la Virgen. Ignoro si es por mi presencia o porque simplemente no lo saben; el caso es que no dan una.

Nos han dejado solos. Y pluralizo porque cerca de mí hay una anciana arrodillada ante una pequeña imagen cuya talla, sumamente tosca, me atrae. La anciana se levanta y me dice si me gusta. Ella le tiene mucha devoción. Cuchicheando me dice que esta imagen estaba en una ermita ya desaparecida, y cuyo ermitaño fue devorado por un lobo.

Ocurrió un día de crudísimo invierno. El ermitaño descendía al pueblo cuando un lobo le salió al camino. El pobre ermitaño lo iba manteniendo a raya arrojándole pedazos de pan; hasta que éste se le acabó...

No sé si será realidad, leyenda o cuento. Yo lo transcribo tal como me lo contó aquella abuela.

Junto a la tasca que mira al frontón, hay varios grupos de hombres presenciando un partido de pelota. Dos hombres, atados con una correa que les une las muñecas, contra tres jóvenes libres de todo movimiento. Me dicen que va ganando la pareja.

Del interior de la taberna llega hasta la calle soleada el inconfundible ruido de un «fútbolín»...

En la plaza hay música. En el primer piso del balcón del Ayuntamiento, un balcón larguísimo que tiene unos hierros ricamente labrados, hay dos altavoces de los que salen música puesta en un «pik-up».

Bailan las mismas chicas que hace unas horas paseaban por la carretera. Bailan entre sí; porque los mozos con su camisa blanca y cuello suelto y la chaqueta sobre los hombros, permanecen un poco alejados, en inmutables corros. Tienen una botella de vino y un vaso que va corriendo por todo el grupo.

En el mismo frontón hace maniobra el autobús de línea. En el que me voy de este pueblo en un atardecer de fiesta con ecos de música de acordeón...